

CARLOS ENRIQUE GRANADOS

MANUEL LOPEZ RODRIGUEZ

El análisis del lenguaje y su utilización nos plantea un reto permanente en el desarrollo diario de nuestra vida. Para hablar sobre este tema tenemos en esta edición a Carlos Enrique Granados y Manuel López Rodríguez, dos profesionales altamente cualificados y muy conocidos en el sector, que son, además, grandes conocedores y entusiastas seguidores del estudio del lenguaje.

Ante un fichero que contiene el producto de más de quince años de trabajo, que no podemos dejar de admirar, nuestros personajes de hoy nos transmiten, de manera entrañable y con gran simpatía, su interés y conocimiento del léxico técnico y científico de nuestro idioma.



Muchos profesionales del sector nuclear español han utilizado en gran cantidad de ocasiones el Léxico o el Diccionario de Términos Nucleares, dos de cuyos autores son Carlos Enrique Granados y Manuel López Rodríguez. La historia de este trabajo es, precisamente, el preámbulo que nos ocupa especialmente hoy: las definiciones de los elementos químicos en el "Diccionario de la Lengua Española".

A finales de los años 60, algunos profesionales que se agrupaban entonces, laboralmente, en la Junta de Energía Nuclear, se plantearon el reto de recoger

cada uno de los términos relacionados con el sector, estudiar su sintaxis y su significado y, finalmente, elaborar lo que inicialmente fueron separatas, incluidas por capítulos, en la revista Energía Nuclear, que se convirtieron a la larga en el Léxico y el Diccionario de Términos Nucleares. Aquí empezó la carrera lingüística de nuestros entrevistados.

«El trabajo —comenta Carlos E. Granados— se hacía en forma de glosa, se estudiaba el origen, el significado en distintos idiomas y, al final, en la mayoría de los casos, se hacía una recomendación, pero en otros se dejaba abierto el

debate, pues no era posible tomar una decisión. Todo esto dio origen al "Léxico de Términos Nucleares", ganador del Premio Conde de Cartagena, que otorga la Real Academia Española de la Lengua.»

«La razón de todo ese trabajo —puntualiza Miguel López Rodríguez— fue homogeneizar el término nuclear, que estaba muy disperso, no empleándose en el mismo sentido los vocablos habituales en nuestro trabajo.

«Cuando se le concede el premio, en 1973, esta labor tenía tras de sí nueve años de trabajo del grupo denominado "Comisión de Terminología Nuclear", en el que habíamos integrado a ocho personas procedentes de diversos campos del sector nuclear, intentando unir todas sus actividades y contando con que todas ellas estaban preocupadas por el lenguaje técnico, siendo, además, grandes aficionados al lenguaje en general. Esa comisión estuvo amparada desde sus comienzos por la dirección de la JEN, que cedió también la revista para la publicación de aquellas glosas, con la que se daba pie para que toda la comunidad nuclear pudiera comentar y dar ideas sobre los términos analizados.»

«De hecho —recuerda Carlos E. Granados—, yo me incorporé tardíamente a esa Comisión, cuando ya llevaba dos años trabajando, precisamente porque me empecé en que se discutiera un término en concreto. Supongo que los miembros de este grupo pensarían que, siendo tan "pesado" en mis comentarios y misivas, resultaría más práctico tenerme dentro de su propio trabajo. Hay un hecho que creo palpable: la preocupación por el lenguaje entre los científicos y los técnicos es mucho mayor de lo que la gente cree. Si tiene tendencia a decir que estropeamos el idioma con mucha facilidad porque aceptamos términos extraños. Eso puede ser cierto, pero pienso que es una situación que podría califi-

carse como enfermedad de juventud, al igual que ocurre ahora con la informática, y la energía nuclear pudo sufrir sus síntomas en los primeros, primerísimos, años. Es posible que el proceso sea similar en todas las ramas; existe primero una época de demasiado servilismo, ya que hay mucha prisa en asimilar los avances tecnológicos y no queda tiempo para discutir "si son galgos o son podencos". Posteriormente, en el momento en que se remansa todo este proceso, ya sabemos lo que cada término significa, y es entonces cuando nos planteamos ¿por qué no decir exactamente lo que ya entendemos de forma adecuada?

»Sin embargo, está muy extendida la posición de mantener que "lo importante es el concepto y no la manera como se dice"; algunos se aferran a un argumento que pudiera ser válido: ¿Qué importa cómo lo diga, si lo que hago después con ello es correcto?, dando a entender que el nombre no es importante. Lógicamente, nosotros somos apóstoles de la idea contraria; es importante, al menos de igual manera, que el nombre sea correcto y universalmente utilizado.»

«Algunas veces —afirma Manuel López Rodríguez— se producen situaciones curiosas, en las que, en un mismo trabajo, se emplea "reprocesamiento", "reprocesado", "reelaboración" o "reprocessing". Eso fue lo que pretendimos evitar con esta sección, unificando esta terminología. El proceso duró muchos años e hizo que intervinieran personas ajenas a la propia Junta de Energía Nuclear, incluso de Iberoamérica. Y ese hallazgo lo refrenda la propia Academia, para lo cual es necesario que le llegue, siendo la única forma que surgan estas corrientes de trabajo e interés. Además, se consiguió algo muy importante: interesar a la Academia en lo que estábamos haciendo; encontramos personas a las que les gustó mucho el trabajo y cómo lo hacíamos.

»Una vez terminado este libro premiado, en el año 79, se publica el Diccionario Nuclear, editado también por la Junta de Energía Nuclear. De aquél eliminamos las glosas, manteniendo el resto del léxico, incluyendo un millar más de términos y enriqueciéndolo con la aportación, que tanto gustaba a Agustín Alonso, de las figuras.»

La gran utilidad que este Diccionario tiene para los profesionales del sector nos lleva a pensar en el interés de publicarlo nuevamente. En este sentido, nos comenta Manuel López Rodríguez, «pretendíamos hacer una nueva edición, al cabo de cuatro o cinco años, con algo más de experiencia y con nuevos términos, pero no fue posible; algunos de los miembros de la Comisión se marcharon de la JEN y se desintegró este grupo de trabajo.

»Posteriormente comienza nuestra aproximación a la Real Academia de Ciencias,

que estaba preocupada por editar un vocabulario científico y técnico, creándose una serie de grupos de diversos organismos, cada uno de los cuales estaba bajo la dirección de un Académico. Nos encontramos Carlos Granados y yo en uno de estos grupos con el profesor Dario Maravall, Ingeniero Agrónomo, que poseía una fuerte formación matemática y un gran conocimiento de biología; así aportábamos la física, la química, la metalurgia, la biología, la matemática y formamos, en fin, un grupo de trabajo que sirvió, entre otras cosas, para incluir términos nucleares que no existían en el diccionario.»

«En aquel entonces —recuerda Carlos Granados— me integré también en otro grupo, y por esa razón aparezo como uno de los colaboradores en el Diccionario y no Manuel, ya que sólo quedan recogidos los últimos que trabajaron en su elaboración y no los que fueron desintegrándose en el tiempo.»

«La siguiente fase —continúa Manuel López Rodríguez— es cómo nos vemos implicados en la Real Academia de la Lengua, lo que se originó principalmente por nuestro trabajo en el Diccionario de la Academia de Ciencias. La Real Academia de la Lengua tuvo la misma preocupación, formar grupos para la preparación de fichas, que se vuelcan en cada edición del Diccionario. La idea era revisar el Diccionario de entonces, analizando las palabras y reconociendo las que requerían una modificación, además de las nuevas a incluir. Al principio, el trabajo en el DRAE es difícil, la técnica lexicográfica es muy diferente a la utilizada anteriormente por nosotros, mucho más descriptiva y dirigida fundamentalmente a los técnicos interesados en el tema y no al lector general del Diccionario. Nuestro grupo estaba dirigido por Antonio Colino, que ya sabía cómo trabajábamos, pues era vicepresidente de la Junta de Energía Nuclear cuando elaboramos nuestro trabajo. El plan que nos propuso fue revisar el Diccionario de la Real Academia, analizando palabra por palabra, seleccionando las relacionadas con algún campo de la ciencia, para definir si cada una de ellas podía pasar tal cual a la siguiente edición, cuál merecía la pena modificar y qué vocablos convendría incluir. En este trabajo estamos avanzando desde 1974. A lo largo de estos 16 años hemos producido entre seis y siete mil fichas.

»En esta labor vamos actualmente por la letra "C" del Diccionario, aunque, a medida que se avanza, van surgiendo lo que podrían llamarse "cerezas", que son palabras que salen del análisis de cada uno de los términos tratados, por lo que nuestro fichero incluye vocablos de todo el alfabeto.»

El producto final de este análisis son fichas que se aportan cada mes, con recomendaciones de permanencia, mo-

dificación o inclusión. «Nuestra satisfacción a lo largo de los años ha sido muy grande, pues en la edición más reciente del Diccionario aparecen ya centenares de nuestras fichas, algunas tal y como las hemos entregado, otras con algunas variaciones en cuanto al lenguaje de presentación, dando una definición menos científica y más adecuada al lector general. De esta revisión surgen las enmiendas al Diccionario en forma de boletines, que constituyen realmente el Diccionario vivo y que serán añadidos en la próxima edición.»

«Alguna vez —indica Carlos Granados— hemos preguntado por la suerte de las fichas que no aparecen en el Diccionario y nos han comentado que se conservan en un archivo con todos los términos que se consideran interesantes, aunque no se crea que deban ir al habla corriente; nosotros, por otro lado, no podemos ni debemos hacer esta selección; no tenemos más remedio que mandar a la Academia palabras muy especializadas, que habitualmente se guardan. De hecho, no ha habido ningún rechazo. Este archivo es, en todo caso, un arma para los estudiosos, que pueden ir a consultar cualquier término que se haya analizado anteriormente por algún grupo de trabajo, aunque no esté en el Diccionario.»

El proceso de trabajo es permanente. Cada semana, ininterrumpidamente desde hace 16 años, nuestros entrevistados se reúnen y dedican una serie de horas a una labor con la que disfrutan enormemente. A lo largo de estos años han surgido términos difíciles, bien por su complejidad propia, bien por la poca claridad encontrada en alguna definición del mismo Diccionario o, incluso, por la dificultad en llegar a un acuerdo entre ambos. En esos momentos de discusión o de labor más dura surgen las llamadas "odas anejas al Diccionario", del orden de una o dos al año, que han abierto, además, un paréntesis especialmente lírico a nuestra entrevista. No resistimos resistimos la tentación de publicar algún ejemplo:

Así estaba mi querella:
saber quién tiene razón,
si es la chispa una centella
que salta del eslabón
o resultará, al final,
que es la centella una chispa
que salta del pedernal.
(Ver definición de centella y chispa.)

Es el ocre calcinado
el que ha cambiado de color
por habérsele mudado
de amarillo a colorado
por la acción de la calor.

En el segundo ejemplo recuerda Carlos Enrique Granados «de hecho, nos había salido el verso al hacer la definición; cambiamos inmediatamente la redacción, pero no quisimos perder la idea, surgiendo así la primera oda.»

TERMINOS QUIMICOS

Con toda esta experiencia lexicográfica, y en medio de su amplia labor con los vocablos del Diccionario, nuestros entrevistados encuentran en los términos químicos un amplio campo de estudio. «Al escoger algunos elementos químicos en nuestro trabajo de revisión —nos dice Manuel López Rodríguez—, nos encontramos que había definiciones muy inexactas, sin un esquema claro que las unificara en el tratamiento que se daba a cada elemento; por otra parte, era un volumen de términos lo suficientemente grande como para realizar un trabajo amplio y concreto y decidimos abordarlo.

«Había tres razones fundamentales para llevar adelante este estudio. Por un lado, la heterogeneidad era muy acusada; por otra, no había un esquema de definición, como si éstas se hubieran hecho en diferentes épocas y por personas distintas, limitándose a yuxtaponer o quitar, pero no a hacer un estudio del tema. Además, las definiciones encerraban vocablos ya anulados, había ausencias muy significativas, como la no aparición, por errata, del símbolo químico en un caso, o la falta, nuevamente, de criterio en los elementos que han cambiado de nombre, ya que unas veces se sustituía directamente, pero otras se hacía referencia al nombre anterior o se definían los dos.

«Inicialmente nos planteamos qué es lo que quiere conocer el lector de un elemento químico cuando consulta el Diccionario y, además, cómo se lo dice el Diccionario. Nos basamos en estas dos ideas y planteamos una encuesta con muestras de diversos sectores, incluyendo amas de casa, colegios, universidades, instituciones científicas, centros militares y demás muestras interesantes. Es curioso ver que la mayor parte de ocasiones en las que se utiliza el Diccionario se hace para resolver crucigramas; otra respuesta habitual es que el Diccionario no se utiliza normalmente para buscar términos técnicos o científicos, pues no se cree poder encontrar una definición adecuada.

«El estudio de la encuesta fue el que más tiempo nos llevó, sacando conclusiones de cada uno de los apartados por los que se preguntaba.

«Con todo esto, lo primero que hicimos fue estudiar la estructura que debían tener las definiciones, para lo que nos ayudó la encuesta, que nos decía qué es lo que interesaba a la gente en general. Todas esas opiniones las ordenamos con un cierto sentido lógico y definimos una estructura que identificamos con letras. Así empezamos a estudiar elemento por elemento.»

Puntualiza Carlos Granados que «algo que encontramos curioso es que a nadie se le había ocurrido empezar cada

definición diciendo que tal o cual palabra da nombre a un elemento químico; todas nuestras definiciones empiezan de esa manera, ya que no debemos dar por sentado que todo el mundo tiene que saber que el cromo, por tomar un ejemplo, es un elemento químico. Era importante unificar y hacer asequible cada término. «Luego nos planteamos el problema del límite entre el diccionario y la enciclopedia y, si han de estar todos los conceptos, que era nuestro objetivo básico, encontrar ese ajuste, que, por otro lado, es muy difícil.

«Este problema de limitación nos significó, en la última revisión, algunos sacrificios de recorte. Por otra parte, no todos los elementos son de igual interés para el lector habitual, no es lo mismo hablar sobre el aluminio que sobre el bequerelio. Una de las anotaciones que se hace a la Academia es que, si se quiere evitar cualquier tratamiento enciclopédico, se puede decir, simplemente, que tal compuesto es un elemento químico e incluir su número atómico y su símbolo. Sin embargo, también dimos las razones para no hacer esto, ya que así siguen sin conocerse muchos elementos y la idea es que sean nombres cada vez más usuales, que sean algo vivo que pueda incorporarse al lenguaje, de manera que se sepa, por ejemplo, que el osmio es el elemento más pesado. Podría llegar a ocurrir, incluso, que se dijera de alguien no que es más pesado que el plomo, sino que es un osmio...

«El trabajo más difícil, sin embargo, fue el de renunciar a decir determinadas cosas que ya sabíamos. Uno de los temas que tuvimos que investigar fue la historia de la química, buscando el descubrimiento de cada elemento y eso es fascinante, pero ya no por razones de léxico, sino que, para personas que tienen interés en la ciencia, resulta fabuloso encontrarse con anécdotas, algunas de ellas enteras, otras curiosísimas, lo que justifica, entre otras cosas, los tres años de trabajo. Por ejemplo, en el caso del vanadio, creían que lo había descubierto un español, aunque en realidad lo que había encontrado era el óxido de vanadio, no habiendo aislado el elemento puro. Cuando se dieron cuenta de que era un óxido, creyeron que era de cromo, abandonando entonces la investigación. Todas esas cosas forman una especie de narración poética, pasando por muchas cartas que se escribían los científicos entre sí llenas de entusiasmo, eran personas que estaban enamoradas de la investigación. Hay que reconocer también que hemos dejado algunas referencias que, quizá, se quiten. Por ejemplo, en la definición del vanadio se dice: "... se presenta muy disperso en algunos minerales de hierro, de titanio y de fósforo y, como óxido asociado al plomo, en la vanadinita, el angitio plomo pardo de Zimapán de los mineros meji-

canos". Reconozco que no podía renunciar a que apareciera esta referencia, que resulta casi poética».

«Quisiera mencionar —dice Manuel López Rodríguez— que no creímos que la Academia premiara este trabajo, pues realmente es una crítica acérrima al Diccionario, ya que de alguna manera se dice que se ha trabajado sin orden ni criterio. Sin embargo, se acogió muy bien.»

Nos interesa en este punto saber cuál puede ser el futuro de este trabajo. «Cada una de las definiciones incluye en sí misma una serie de vocablos, algunos de los cuales no están recogidos en el Diccionario o están mal definidos. Hay que tener en cuenta que si se reduce de alguna manera la definición, debe cuidarse muy especialmente lo que se quita. Para completar el trabajo hemos cogido todos los vocablos que entran dentro de nuestras definiciones, que están mal definidos o que no están, revisando uno por uno y comparándolos con los que ya habíamos analizado. Cuando hayamos terminado, estaremos preparados para una reunión con la Academia, en la que se decidirá si se publica el trabajo como está, debiendo incluir todos los vocablos nuevos; en caso contrario habrá que llevar a cabo la labor de revisar nuevamente los vocablos en sí y las palabras que han surgido nuevas. Se decidirá también si este trabajo lo realiza la propia Academia o nos encargamos nosotros de ello.»

«No quisiera dejar de decir —añade Carlos Enrique Granados— que rara vez hemos encontrado gente tan encantadora como los Académicos, con una caballerosidad y educación exquisitas; además, como manejan el idioma especialmente bien, es una auténtica delicia escuchar sus análisis e historias. La aceptación ha sido total, sobre todo teniendo en cuenta que a muchos de ellos éste es un trabajo que les desborda, en el sentido de que a menudo tienen que creer lo que les decimos, pues no tienen por qué conocer en profundidad el lenguaje técnico.

«El final de este proceso sería, en definitiva, esa reunión a la que nos referíamos. Hemos dejado definiciones demasiado largas y, por tanto, es muy posible que algunas tengan que ser podadas, pero sería muy importante que esa poda se hiciera delante de nosotros y pudiéramos decir "cuidado, que duele", o, por el contrario, confirmar que no ocurre nada, pues son ramas que hemos dejado a sabiendas de que si se quitan no se estropea la definición. Todo este proceso futuro dependerá de las prioridades que se establezcan en los trabajos, ya que quizá haya otros temas más inmediatos que analizar en el Diccionario, aunque, si transcurre mucho tiempo, se corre el peligro de que pierda vigencia la definición.»